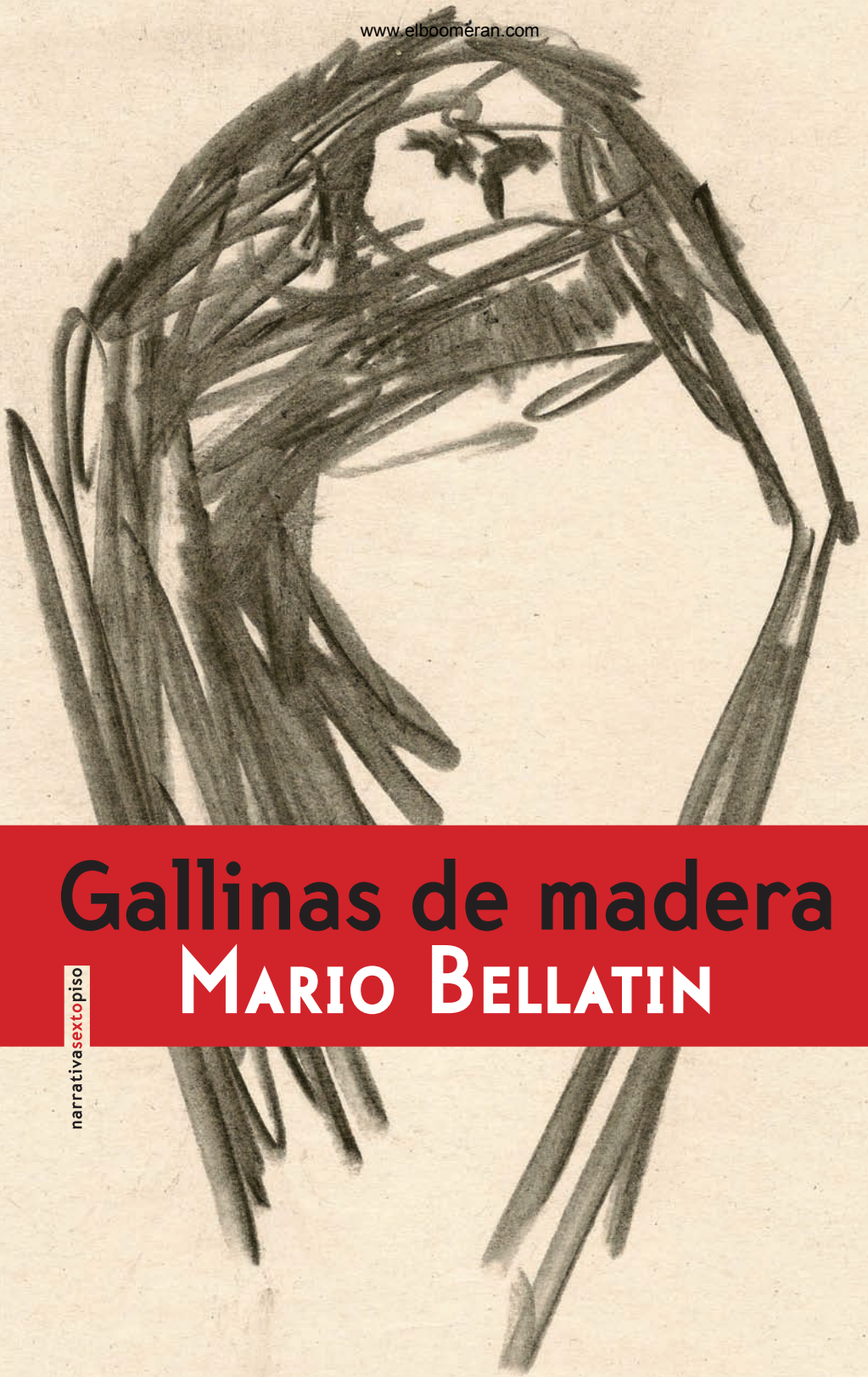


www.elboomeran.com



Gallinas de madera

MARIO BELLATIN

narrativasextopiso

Gallinas de madera

Gallinas de madera
MARIO BELLATIN



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Mario Bellatin, 2013

Primera edición: 2013

Ilustración de portada
ÓSCAR BENASSINI

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, bajo A
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-22-7
Depósito legal: M-5330-2013

Impreso en España

ÍNDICE

En las playas de Montauk
las moscas suelen crecer más de la cuenta 11

En el ropero del señor Bernard
falta el traje que más detesta 101

«Gallinas de madera, huevos de cristal».
–Canción de cuna de origen desconocido–.

EN LAS PLAYAS DE MONTAUK LAS MOSCAS
SUELEN CRECER MÁS DE LA CUENTA

Cuando era joven la ciudad que elegía para hacer uso del ácido lisérgico no podía ser otra que Berlín.

Pese a que el muro ya había desaparecido, por muchos años Berlín siguió manteniendo su carácter de península, de lugar alejado del mundo, como una suerte de espacio protegido por las ruinas de los bombardeos que, todavía en esa época, se podían ver de manera regular y algunos habitantes habían convertido en una especie de símbolo.

Una ciudad donde algunos vestían adrede con harapos y donde las paredes derrumbadas de ciertos bares eran iluminadas con discretos rayos láser.

Protegida por el Muro, Berlín presumía su carácter único, de urbe sometida a un régimen particular.

La primera vez que probé el ácido pensé que me habían timado.

Salí casi de inmediato de la casa de la persona que me hizo mostrarle la lengua en la que depositó un pequeño trozo de papel.

Caminé algo molesto por las calles. Me pareció que aquel sujeto había sido incapaz de comprender lo que significaba para mí experimentar semejante aventura.

Mi indignación alcanzó su límite al llegar a la Alexanderplatz.

De pronto algunas personas comenzaron a llamarme por mi nombre.

No me sorprendió que tantos habitantes de Berlín me conocieran, sino que fueran incapaces de respetar una situación tan importante: el día que fui engañado con un ácido falso.

En cierto momento, el dachshund que llevaba una mujer en brazos abrió la mandíbula de manera exagerada.

Sentí que se hizo más grande que mi cabeza.

Sólo en ese instante advertí que estaba sucediendo algo fuera de lo normal.

Tomé asiento en una banca. Exactamente donde cae de manera vertical la sombra que produce la Antena de la Televisión.

Recordé diversas cosas, algunas relacionadas con el escritor checo Bohumil Hrabal, quien se había suicidado tiempo atrás.

Parece que no fue capaz de *soportar la soledad demasiado ruidosa* —título de uno de sus libros más conocidos— en la que se vio obligado a vivir al final de sus días.

Trepó por eso el alféizar de una de las ventanas superiores del asilo donde se encontraba internado y saltó al vacío.

Supuse entonces que durante los últimos años de su vida, Bohumil Hrabal estuvo obsesionado con el trajinar de las palomas que veía a través del pabellón donde se encontraba su cama.

Quizá deseó convertirse en un ave más. Tal vez por eso se aventuró a volar como un pájaro.

Con quien habitualmente conversaba acerca de la muerte de Bohumil Hrabal era con mi psicoanalista, una terapeuta con la que compartí infinidad de sesiones durante algunos años.

Recuerdo que las terapias no las pagaba con dinero sino con textos.

La retribución era un relato, que iba dividiendo en fragmentos con el fin de que el tratamiento se alargara lo más posible.

Lo que me llevó al gabinete de aquella analista era la falta tangible de dinero. Estaba incapacitado en ese entonces para pagar por algún bien o servicio.

En aquella época lo primero que preguntaba ante cualquier propuesta de trabajo era si iba a recibir algo a cambio. Sólo aceptaba el encargo si la actividad no era remunerada.

La analista me dijo que el escritor Bohumil Hrabal, desde pequeño, sufrió de un síndrome semejante —aversión al dinero—. Asunto que lo acompañó hasta la edad adulta, época en la que se curó por un tiempo.

Aquel período de supuesta salud le duró hasta la vejez, cuando recayó y se negó, entre otras cosas, a aceptar regalías por su trabajo.

Se vio donando sus escritos a editoriales y demás medios.

Quizá por eso terminó sus días recluido en un asilo del Estado.

Mi terapeuta —quien curiosamente contaba además con un título de Especialista en Literaturas de Aves Románticas— afirmaba que existía una estrecha relación entre la aversión al dinero y el tipo de ave que cada uno de nosotros, los humanos, solemos representar: según el dogma imperante en esos estudios, tanto Bohumil Hrabal como yo éramos una especie de búho de montaña.

Otra categoría de división que utilizaban los Especialistas en Literaturas de Aves Románticas, me lo dijo la analista, era aquella que segmentaba a las aves, y por ende a las personas, en de rapiña y en no carnívoras. Algo así como víctimas y victimarios. Amos y esclavos.

Lo extraño —y lo terrible según las propias palabras de la profesional— ocurría cuando una misma persona representaba las dos características a la vez. Es decir, cuando esos roles se hacían reversibles de manera constante.

Volví, allí sentado en la Alexanderplatz, a pensar en las palomas que acostumbraban posarse en el alféizar de la ventana del asilo.

¿Más bien no habrían hartado de tal modo a Bohumil Hrabal hasta llevarlo al suicidio?

¿El arrullo constante, el zureo que suelen emitir, no lo habría hecho tomar como una burla el término *soledad demasiado ruidosa*, concebido en uno de sus libros más importantes?

Vi entonces, sentado yo en la banca, a mis perros, Manga e Isaías, matar una paloma durante uno de los paseos habituales que suelo realizar con ellos.

En aquella ocasión, en el parque situado a dos cuerdas de mi casa en la Ciudad de México, se había formado un charco ocasionado por las lluvias de la noche anterior.

Algunas personas se encontraban reunidas al borde del agua estancada. Estaban de pie frente a una mujer que suele ofrecer desayunos ambulantes durante las primeras horas de la mañana.

Las palomas comían los restos que les arrojaban. Yo había salido con los perros hacía pocos minutos.

Al llegar a esa zona, Isaías y Manga tomaron entre sus dientes a una de las aves y la dejaron malherida.

La gente protestó. Yo huí. Los perros me siguieron.

Mientras caminábamos volteamos una y otra vez hacia la presa abandonada.

Los perros seguramente deseaban seguir masti-cándola.

O tal vez volver hasta donde yacía, seguro ya muerta, para recogerla y traérmela a manera de trofeo.

Escuché que alguien –tal como en la Alexander-platz– gritaba mi nombre a mis espaldas. Me ordenaba que levantara el cuerpo tirado y lo colocara sobre la rama de un árbol.

A pesar de oírlo a lo lejos, me pareció un pedido absurdo.

Quizá esa persona pensaba que para una paloma era más digno morir en una rama que en un charco oscuro formado por la lluvia del día anterior.

Reflexioné entonces en la cada vez más complicada relación entre los hombres y los animales. En las premisas actuales. En los deberes que se tienen que cumplir en estos tiempos. En preceptos que algunos años atrás nos hubieran parecido inimaginables.

Por ejemplo, en el hecho de adoptar animales y no comprarlos como era lo habitual. El de esterilizar tanto a las hembras como a los machos. Olvidar por

completo mutilarlos inútilmente —orejas, colas— o hacerles cortes de pelo en virtud de determinados cánones de belleza.

Pensé también —quizá por los mosquitos que sobrevolaban el charco— en los insectos que nos rodean. En lo nocivos que suelen ser, salvo los que utilizamos para alimentarnos.

Reflexioné también en las ratas que siento de vez en cuando debajo del piso de mi estudio y en una llamada telefónica que recibí justo esa mañana, poco antes del paseo en el cual mis canes apresaron a la paloma.

A través del teléfono me informaron que el perro que hacía más de ocho años le había entregado a mi editora acababa de morir envenenado al morder un sapo.

La editora estaba desolada.

Había llevado al perro a su casa de campo y allí ocurrió el accidente. Se trató de un veneno para el cual no existe antídoto.

Mi editora me llamaba desde la sala de espera de un horno para animales domésticos.

En *Gallinas de madera* confluyen dos textos que giran en torno a dos de los grandes escritores del siglo xx: Bohumil Hrabal y Alain Robbe-Grillet. En el primero, titulado «En las playas de Montauk las moscas crecen más de la cuenta», un hombre prueba el ácido lisérgico en la ciudad de Berlín, y se siente decepcionado en la Alexanderplatz al considerar que acaba de ser objeto de un timo. De pronto pasa una mujer con un perro en brazos que abre la mandíbula de manera descomunal, y entonces se da cuenta de que quizá no fue tan engañado como pensaba. En ese momento irrumpen en su cabeza unas aves de rapiña que esclavizan a un hombre que se les ha ofrecido voluntariamente; esta historia formaría parte de *Gallinas de madera*, el texto de Hrabal que quedó inconcluso luego de que se tirara por la ventana de la institución mental donde pasó recluido sus últimos años. El delirio de Hrabal se mezcla con el del narrador y el de las aves, al grado de que el esclavo tiene que internar a las aves en un hospital mental para que se les administre un tratamiento de electroshocks.

Le sigue «En el ropero del señor Bernard falta el traje que más detesta», donde Bellatin narra sus paseos con el señor Bernard –trasunto de Robbe-Grillet–, con quien Mario Bellatin sostuvo uno de sus últimos diálogos públicos antes de su muerte. Abrumado por la ocasión, Bellatin tomó frases de la autobiografía de Robbe-Grillet como si fueran reflexiones propias, y a partir de esa comunión de ideas inducida logró convertirse en espectador de lujo de una exposición sobre lo mejor de la literatura francesa del siglo xx. Con su inconfundible estilo, en este relato testimonia aquel encuentro; poco tiempo después se enteró de la muerte del escritor francés mientras llevaba a cabo tareas propias de su profesión de agrónomo.

